Testo 2.3.6

Garcilaso de la Vega, El Inca, da *Comentarios reales de los Incas*

Nei brani proposti, tratti dai *Comentarios reales de los Incas* (1609), Garcilaso de la Vega narra l'origine mitica della civiltà incaica, interpretando il governo dei sovrani Inca in un'ottica provvidenziale, come propedeutico al contatto con la cristianità. Descrive, inoltre, l'antica divinità chiamata *Pachacámac* e illustra la struttura amministrativa dell'Impero, diviso in quattro parti (*Tauantinsuyu*), con capitale Cuzco. Nel narrare l'arrivo degli spagnoli, inizialmente identificati con i figli del dio *Viracocha* e accolti come liberatori dalla tirannia dell'Inca Atahualpa, l'autore sottolinea con la prudenza imposta dalla sua posizione di indio, come "pasó todo tan diferente" rispetto all'"ejemplo que la doctrina pide", per cui "destruía más un malo que edificaban cien buenos". Si includono anche le storie di Pedro Serrano, un marinaio spagnolo che sopravvisse per sette anni su un'isola deserta, e del soldato spagnolo Aguirre, protagonista di una vendetta per una condanna considerata ingiusta.

Libro I Capítulo XV

El origen de los Reyes Incas del Perú

Viviendo o muriendo aquellas gentes[1] de la manera que hemos visto, permitió Dios nuestro Señor que de ellos mismos saliese un lucero del alba que en aquellas oscurísimas tinieblas les diese alguna noticia de la ley natural y de la urbanidad y respetos que los hombres debían tenerse unos a otros, y que los descendientes de aquél, procediendo de bien en mejor, cultivasen aquellas fieras y las convirtiesen en hombres, haciéndoles capaces de razón y de cualquiera buena doctrina, para que cuando ese mismo Dios, sol de justicia, tuviese por bien de enviar la luz de sus divinos rayos a aquellos idólatras, los hallase, no tan salvajes, sino más dóciles para recibir la fe católica y la enseñanza y doctrina de nuestra Santa Madre Iglesia Romana, como después acá lo han recibido, según se verá lo uno y lo otro en el discurso de esta historia; que por experiencia muy clara se ha notado cuánto más prontos y ágiles estaban para recibir el Evangelio los indios que los Reyes Incas sujetaron, gobernaron y enseñaron, que no las demás naciones comarcanas donde aún no había llegado la enseñanza de los Incas, muchas de las cuales se están hoy tan bárbaras y brutas como antes se estaban, con haber setenta y un años que los españoles entraron en el Perú. Y pues estamos a la puerta de este gran laberinto, será bien pasemos adelante a dar noticia de lo que en él había.

Después de haber dado muchas trazas y tomado muchos caminos para entrar a dar cuenta del origen y principio de los Incas Reyes naturales que fueron del Perú, me pareció que la mejor traza y el camino más fácil y llano era contar lo que en mis niñeces oí muchas veces a mi madre y a sus hermanos y tíos y a otros sus mayores acerca de este origen y principio, porque todo lo que por otras vías se dice de él viene a reducirse en lo mismo que nosotros diremos, y será mejor que se sepa por las propias palabras que los Incas lo cuentan que no por las de otros autores extraños. Es así que, residiendo mi madre en el Cuzco, su patria, venían a visitarla casi cada semana los pocos parientes y parientas que de las crueldades y tiranías de Atahualpa (como en su vida contaremos) escaparon, en las cuales visitas siempre sus más ordinarias pláticas eran tratar del origen de sus Reyes, de la majestad de ellos, de la grandeza de su Imperio, de sus conquistas y

[1] Si riferisce ai primi abitanti del Perù.

hazañas, del gobierno que en paz y en guerra tenían, de las leyes que tan en provecho y favor de sus vasallos ordenaban. En suma, no dejaban cosa de las prósperas que entre ellos hubiese acaecido que no las trajesen a cuenta.
De las grandezas y prosperidades pasadas venían a las cosas presentes, lloraban sus Reyes muertos, enajenado su Imperio y acabada su república[2], etc. Estas y otras semejantes pláticas tenían los Incas y Pallas[3] en sus visitas, y con la memoria del bien perdido siempre acababan su conversación en lágrimas y llanto, diciendo: "Trocósenos el reinar en vasallaje", etc. En estas pláticas yo, como muchacho, entraba y salía muchas veces donde ellos estaban, y me holgaba de las oír, como huelgan los tales[4] de oír fábulas. Pasando pues días, meses y años, siendo ya yo de diez y seis o diez y siete años, acaeció que, estando mis parientes un día en esta su conversación hablando de sus Reyes y antiguallas, al más anciano de ellos, que era el que daba cuenta de ellas, le dije:
- Inca, tío, pues no hay escritura entre vosotros, que es lo que guarda la memoria de las cosas pasadas, ¿qué noticia tenéis del origen y principio de nuestros Reyes? Porque allá los españoles y las otras naciones, sus comarcanas, como tienen historias divinas y humanas, saben por ellas cuándo empezaron a reinar sus Reyes y los ajenos y al trocarse unos imperios en otros, hasta saber cuántos mil años ha que Dios crió el cielo y la tierra, que todo esto y mucho más saben por sus libros. Empero vosotros, que carecéis de ellos, ¿qué memoria tenéis de vuestras antiguallas? ¿quién fue el primero de nuestros Incas?, ¿cómo se llamó?, ¿qué origen tuvo su linaje?, ¿de qué manera empezó a reinar?, ¿con qué gente y armas conquistó este grande Imperio?, ¿qué origen tuvieron nuestras hazañas?
El Inca, como holgándose de haber oído las preguntas, por el gusto que recibía de dar cuenta de ellas, se volvió a mí (que ya otras muchas veces las había oído, mas ninguna con la atención que entonces) y me dijo:
- Sobrino, yo te las diré de muy buena gana; a ti te conviene oírlas y guardarlas en el corazón (es frase de ellos por decir en la memoria). Sabrás que en los siglos antiguos toda esta región de tierra que ves eran unos grandes montes y breñales, y las gentes en aquellos tiempos vivían como fieras y animales brutos, sin religión ni policía, sin pueblo ni casa, sin cultivar ni sembrar la tierra, sin vestir ni cubrir sus carnes, porque no sabían labrar algodón ni lana para hacer de vestir; vivían de dos en dos y de tres en tres, como acertaban a juntarse en las cuevas y resquicios de peñas y cavernas de la tierra. Comían, como bestias, yerbas del campo y raíces de árboles y la fruta inculta que ellos daban de suyo y carne humana. Cubrían sus carnes con hojas y cortezas de árboles y pieles de animales; otros andaban en cueros. En suma, vivían como venados y salvajinas, y aun en las mujeres se habían[5] como los brutos, porque no supieron tenerlas propias y conocidas. [...]
Nuestro Padre el Sol, viendo los hombres tales como te he dicho, se apiadó y hubo lástima de ellos y envió del cielo a la tierra un hijo y una hija de los suyos para que los doctrinasen en el conocimiento de Nuestro Padre el Sol, para que lo adorasen y tuviesen por su Dios y para que les diesen preceptos y leyes en que viviesen como hombres en razón y urbanidad, para que habitasen en casas y pueblos poblados, supiesen labrar las tierras, cultivar las plantas y mieses, criar los ganados y gozar de ellos y de los frutos de la tierra como hombres racionales y no como bestias. [...]

Libro II - Capítulo I

---

[2] Nel senso di 'Stato'.
[3] È il termine *quechua* che indica le principesse.
[4] Si riferisce a 'los muchachos'.
[5] Comportarsi.

¿Rastrearon los Incas al verdadero Dios nuestro Señor?

Demás de adorar al Sol por Dios visible, a quien ofrecieron sacrificios e hicieron grandes fiestas (como en otro lugar diremos), los Reyes Incas y sus amautas, que eran los filósofos, rastrearon con lumbre natural al verdadero sumo Dios y Señor Nuestro, que crió el cielo y la tierra, como adelante veremos en los argumentos y sentencias que algunos de ellos dijeron de la Divina Majestad, al cual llamaron Pachacámac: es nombre compuesto de *Pacha*, que es mundo universo, y de *Cámac*, participio de presente del verbo *cama*, que es animar, el cual verbo se deduce del nombre *cama*, que es ánima. Pachacámac quiere decir el que da ánima al mundo universo, y en toda su propia y entera significación quiere decir el que hace con el universo lo que el ánima con el cuerpo. Pedro de Cieza, capítulo setenta y dos, dice así: "El nombre de este demonio quería decir hacedor del mundo, porque Cama quiere decir hacedor, y Pacha, mundo", etc. Por ser español no sabía la lengua tan bien como yo, que soy indio Inca. [...]
Tuvieron al Pachacámac en mayor veneración interior que al Sol, que, como he dicho, no osaban tomar su nombre en la boca, y al Sol le nombran a cada paso. Preguntado quién era el Pachacámac, decían que era el que daba vida al universo y le sustentaba, pero que no le conocían porque no le habían visto, y que por esto no le hacían templos ni le ofrecían sacrificios, mas que lo adoraban en su corazón (es decir mentalmente) y le tenían por Dios no conocido. [...]

Capítulo XI

Dividieron el imperio en cuatro distritos. Registraban los vasallos.

Los Reyes Incas dividieron su Imperio en cuatro partes, que llamaron Tauantinsuyu, que quiere decir las cuatro partes del mundo, conforme a las cuatro partes principales del cielo: oriente, poniente, septentrión y mediodía. Pusieron por punto o centro la ciudad del Cuzco, que en la lengua particular de los Incas quiere decir ombligo de la tierra: llamáronla con buena semejanza ombligo, porque todo el Perú es largo y angosto como un cuerpo humano, y aquella ciudad está casi en medio.
[...]
Para principio y fundamento de su gobierno inventaron los Incas una ley, con la cual les pareció podrían prevenir y atajar los males que en sus reinos pudiesen nacer. Para lo cual mandaron que en todos los pueblos grandes o chicos de su Imperio se registrasen los vecinos por decurias de diez en diez, y que uno de ellos, que nombraban por decurión, tuviese cargo de los nueve. Cinco decurias de éstas de a diez tenían otro decurión superior, el cual tenía cargo de los cincuenta. Dos decurias de a cincuenta tenían otro superior, que miraba por los ciento. Cinco decurias de a ciento estaban sujetas a otro capitán decurión, que cuidaba de los quinientos. Dos compañías de a quinientos reconocían un general, que tenía dominio sobre los mil; y no pasaban las decurias de mil vecinos, porque decían que para que uno diese buena cuenta bastaba encomendarle mil hombres. [...]

Capítulo XII

Dos oficios que los decuriones tenían

Los decuriones de a diez tenían obligación de hacer dos oficios con los de su decuria o

escuadra: el uno era ser procurador para socorrerles con su diligencia y solicitud en las necesidades que se les ofreciesen, dando cuenta de ellas al gobernador, o a cualquiera otro ministro estuviese a cargo el proveerlas, como pedir semilla si les faltaba para sembrar o para comer, o lana para vestir, o rehacer la casa si se les caía o se les quemaba, o cualquiera otra necesidad mayor o menor; el otro oficio era ser fiscal y acusador de cualquiera delito que cualquiera de los de su escuadra hiciese, por pequeño que fuese, que estaba obligado a dar cuenta al decurión superior, a quien tocaba castigo de tal delito, o a otro más superior, porque conforme a la gravedad del pecado así eran los jueces unos superiores a otros y otros a otros, porque no faltase quien lo castigase con brevedad y no fuese menester ir con cada delito a los jueces superiores con apelaciones una y más veces, y de ellos a los jueces supremos de la corte[6]. Decían que por la dilación del castigo se atrevían muchos a delinquir, y que los pleitos civiles, por las muchas apelaciones, pruebas y tachas se hacían inmortales, y que los pobres, por no pasar tantas molestias y dilaciones, eran forzados a desamparar su justicia y perder su hacienda, porque para cobrar diez se gastaban treinta[7]. Por ende tenían proveído que en cada pueblo hubiese juez que definitivamente sentenciase los pleitos que entre los vecinos se levantasen, salvo los que se ofrecían entre una provincia y otra sobre los pastos o sobre los términos, para los cuales enviaba el Inca juez particular, como adelante veremos.

Libro V - Capítulo XXI

Del nombre Viracocha, y por qué se lo dieron a los españoles.

Volviendo al Príncipe[8], es de saber que por el sueño pasado le llamaron Viracocha Inca o Inca Viracocha, que todo es uno, porque el nombre Inca no significa más antepuesto que pospuesto. Diéronle el nombre del fantasma que se le apareció, el cual dijo llamarse así. Y porque el Príncipe dijo que tenía barbas en la cara, a diferencia de los indios que generalmente son lampiños, y que traía el vestido hasta los pies, diferente hábito del que los indios traen, que no les llega más de hasta la rodilla, de aquí nació que llamaron Viracocha a los primeros españoles que entraron en el Perú, porque les vieron barba y todo el cuerpo vestido. Y porque luego que entraron los españoles prendieron a Atahualpa, rey tirano, y lo mataron, el cual poco antes había matado a Huáscar Inca, legítimo heredero, y había hecho en los de la sangre real (sin respetar sexo ni edad) las crueldades que en su lugar diremos, confirmaron de veras el nombre Viracocha a los españoles, diciendo que eran hijos de su dios Viracocha, que los envió del cielo para que sacasen a los Incas y librasen la ciudad del Cuzco y todo su Imperio de las tiranías y crueldades de Atahualpa, como el mismo Viracocha lo había hecho otra vez,

---

[6] Garcilaso sottolinea qui la differenza con il sistema della giustiza penale spagnola (e, per estensione, europea, derivata dal diritto romano).

[7] È evidente la differenza - quasi un confronto implicito - con la situazione della giustizia civile europea di allora, che tanto materiale offriva alle satire dei contemporanei. Si capisce bene, da questi brani dei *Comentarios*, la portata della destrutturazione operata dalla conquista spagnola su una civiltà così complessa e organizzata come quella che ci descrive Garcilaso.

[8] Tra la fine del libro IV e l'inizio del libro V, Garcilaso ha raccontato la storia del figlio dell'Inca Yáhuar Huácac, caduto in disgrazia presso il padre per il suo pessimo carattere e costretto quindi all'esilio. Mentre esercitava l'umile ufficio di pastore, il principe aveva visto in sogno una figura, che aveva dichiarato di essere figlio del Sole e di chiamarsi Viracocha, e lo aveva avvisato di una ribellione in atto da parte di alcune provincie, esortandolo a combatterla. Poiché il padre non aveva voluto credere al suo racconto, il principe si trovò da solo ad affrontare gli invasori e a sconfiggerli e, dopo la vittoria, depose il padre dal trono e regnò in sua vece.

manifestándose al príncipe Inca Viracocha para librarle de la rebelión de los Chancas. [...] Y porque creyeron que eran hijos de su dios, los respetaron tanto que los adoraron y les hicieron tan poca defensa, como se verá en la conquista del reino. [...]
Si a esta vana creencia de los indios correspondieran los españoles con decirles que el verdadero Dios los había enviado para sacarlos de las tiranías del demonio, que eran mayores que las de Atahualpa, y les predicaran el Santo Evangelio con el ejemplo que la doctrina pide, no hay duda sino que hicieran grandísimo fruto. Pero pasó todo tan diferente, como sus mismas historias lo cuentan, a que me remito, que a mí no me es lícito decirlo: dirán que, por ser indio, hablo apasionadamente. Aunque es verdad que no se deben culpar todos, que los más hicieron oficio de buenos cristianos; pero entre gente tan simple como eran aquellos gentiles, destruía más un malo que edificaban cien buenos.
[...]

Libro VII - Capítulo XX

Nella descrizione della capitale degli Inca Garcilaso stabilisce una comparazione fondamentale tra l'Impero Inca e quello Romano, tra i quali non trova troppe differenze, salvo che nella capacità di trasmettere la memoria collettiva, che nell'antichità europea già conosceva una forma scritta, e che sulle Ande era consegnata solo alla tradizione orale. Dalla percezione di questa differenza nasce il progetto di Garcilaso, che si assume il compito di custode della memoria, e di mediatore tra il passato e il presente.

La descripción de la ciudad imperial del Cozco

El Inca Manco Cápac fue el fundador de la ciudad del Cozco, la cual los españoles honraron con renombre largo y y honroso, sin quitarle su propio nombre; dijéronla la gran ciudad del Cozco, cabeza de los reinos y provincias del Perú. También la llamaron la nueva Toledo; mas luego se les cayó de la memoria este segundo nombre, por la impropiedad dél; porque Cozco no tiene río que la ciña como a Toledo, ni le asemeja en el sitio, que su población empieza de las laderas y faldas de un cerro alto, y se tiende a todas partes por un llano grande y espacioso. Tiene calles anchas y largas, y plazas muy grandes, por lo cual los españoles todos en general, y los escribanos reales y los notarios en sus escrituras públicas, usan del primer título; porque Cozco y su imperio fue otra Roma en el suyo; y así se pude cotejar la una con la otra, porque se asemejan en las cosas más generosas que tuvieron. La primera y principal, en haber sido fundadas por sus primeros reyes. La segunda, en las muchas y diversas naciones que conquistaron y sujetaron a su imperio. La tercera, en las leyes tantas y tan buenas y bonísimas que ordenaron para el gobierno de sus repúblicas. La cuarta, en los varones tantos y tan excelentes que engendraron, y con sus buena doctrina urbana y militar criaron. En los cuales Roma hizo ventaja al Cozco, no por haberlos criado mejores, sino por haber sido más venturosa en haber alcanzado letras y eternizado con ellas a sus hijos, que los tuvo no menos ilustres por las ciencias que excelentes por las armas, los cuales se honraron al trocado unos a otros; éstos, haciendo hazañas en la guerra y en la paz, y aquéllos, escribiendo las unas y las otras para honra de su patria y perpetua memoria de todos ellos; no sé cuáles dellos hicieron más, si los de las armas o los de las plumas; que por ser estas facultades tan heroicas corren lanzas parejas, como se ve en el muchas veces grande Julio César, que las ejercitó ambas con tantas ventajas, que no se determina en cuál dellas fue más grande. También se duda cuál destas dos partes de varones famosos

debe más a la otra, si los guerreadores a los escritores, porque escribieron sus hazañas y las eternizaron para siempre, o si los de las letras a los de las armas, porque les dieron tan grandes hechos como los de cada día hacían, para que tuvieran que escribir toda su vida. Ambas partes tienen mucho que alegar cada una en su favor; dejarlas hemos, por decir la desdicha de nuestra patria; que aunque tuvo hijos esclarecidos en armas, y de gran juicio y entendimiento, y muy hábiles y capaces para las ciencias, porque no tuvieron letras, no dejaron memoria de sus grandes hazañas y agudas sentencias; y así perecieron ellas y ellos juntamente con su república. Sólo quedaron algunos de sus hechos y dichos encomendados a una tradición, flaca y miserable enseñanza de palabra de padres a hijos, la cual también se ha perdido con la entrada de la nueva gente, y trueque de señorío y gobierno ajeno, como suele acaecer siempre que se pierden y truecan los imperios.
Yo, incitado del deseo de la conservación de las antiguallas de mi patria, esas pocas que han quedado, porque no se pierdan del todo, me dispuse al trabajo tan excesivo, como hasta aquí me ha sido y adelante me ha de ser, el escribir su antigua república hasta acabarla; y porque la ciudad del Cozco, madre y señora della, no quede olvidada en su particular, determiné dibujar en este capítulo la descripción della, sacada de la misma tradición, que como a hijo natural me cupo, y de lo que yo con propios ojos vi, diré los nombres antiguos que sus barrios tenían, que hasta el año 1560, que yo salí della, se conservaban en su antigüedad.

Libro I - Capítulo VIII

El cuento de Pedro Serrano

Será bien, antes que pasemos adelante, digamos aquí el suceso de Pedro Serrano que atrás propusimos, porque no esté lejos de su lugar y también porque este capítulo no sea tan corto. Pedro Serrano salió a nado a aquella isla desierta que antes de él no tenía nombre, la cual, como él decía, tenía dos leguas en contorno; casi lo mismo dice la carta de marear, porque pinta tres islas muy pequeñas, con muchos bajíos a la redonda, y la misma figura le da a la que llaman Serranilla, que son cinco isletas pequeñas con muchos más bajíos que la Serrana, y en todo aquel paraje los hay, por lo cual huyen los navíos de ellos, por caer en peligro.
A Pedro Serrano le cupo en suerte perderse en ellos y llegar nadando a la isla, donde se halló desconsoladísimo, porque no halló en ella agua ni leña ni aun yerba que poder pacer, ni otra cosa alguna con que entretener la vida mientras pasase algún navío que de allí lo sacase, para que no pereciese de hambre y de sed, que le parecían muerte más cruel que haber muerto ahogado, porque es más breve. Así pasó la primera noche llorando su desventura, tan afligido como se puede imaginar que estaría un hombre puesto en tal extremo.
Luego que amaneció, volvió a pasear la isla; halló algún marisco que salía de la mar, como son cangrejos, camarones y otras sabandijas, de las cuales cogió las que pudo y se las comió crudas porque no había candela donde asarlas o cocerlas. Así se entretuvo hasta que vio salir tortugas; viéndolas lejos de la mar, arremetió con una de ellas y la volvió de espaldas; lo mismo hizo de todas las que pudo, que para volverse a enderezar son torpes, y sacando un cuchillo que de ordinario solía traer en la cinta, que fue el medio para escapar de la muerte, degolló y bebió la sangre en lugar de agua; lo mismo hizo de las demás; la carne puso al sol para comerla hecha tasajos y para desembarazar las conchas, para coger agua en ellas de la llovediza, porque toda aquella región, como

es notorio, es muy lluviosa. De esta manera se sustentó los primeros días con matar todas las tortugas que podía, y algunas había tan grandes y mayores que las mayores adargas, y otras como rodelas y como broqueles, de manera que las había de todos tamaños. Con las muy grandes no se podía valer para volverlas de espaldas porque le vencían de fuerzas, y aunque subía sobre ellas para cansarlas y sujetarlas, no le aprovechaba nada, porque con él a cuestas se iban a la mar, de manera que la experiencia le decía a cuáles tortugas había de acometer y a cuáles se había de rendir. En las conchas recogió mucha agua, porque algunas había que cabían a dos arrobas y de allí abajo.

Viéndose Pedro Serrano con bastante recaudo para comer y beber, le pareció que si pudiese sacar fuego para siquiera asar la comida, y para hacer ahumadas cuando viese pasar algún navío, que no le faltaría nada. Con esta imaginación, como hombre que había andado por la mar, que cierto los tales en cualquier trabajo hacen mucha ventaja a los demás, dio en buscar un par de guijarros que le sirviesen de pedernal, porque del cuchillo pensaba hacer eslabón, para lo cual, no hallándolos en la isla porque toda ella estaba cubierta de arena muerta, entraba en la mar nadando y se zambullía y en el suelo, con gran diligencia, buscaba ya en unas partes, ya en otras lo que pretendía, y tanto porfió en su trabajo que halló guijarros y sacó los que pudo, y de ellos escogió los mejores, y quebrando los unos con los otros, para que tuviesen esquinas donde dar con el cuchillo, tentó su artificio y, viendo que sacaba fuego, hizo hilas de un pedazo de la camisa, muy desmenuzadas, que parecían algodón carmenado, que le sirvieron de yesca, y, con su industria y buena maña, habiéndolo porfiado muchas veces, sacó fuego. Cuando se vio con él, se dio por bienandante, y, para sustentarlo, recogió las horruras que la mar echaba en tierra, y por horas las recogía, donde hallaba mucha yerba que llaman ovas marinas y madera de navíos que por la mar se perdían y conchas y huesos de pescados y otras cosas con que alimentaba el fuego. Y para que los aguaceros no se lo apagasen, hizo una choza de las mayores conchas que tenía de las tortugas que había muerto, y con grandísima vigilancia cebaba el fuego por que no se le fuese de las manos.

Dentro de dos meses, y aun antes, se vio como nació, porque con las muchas aguas, calor y humedad de la región, se le pudrió la poca ropa que tenía.

El sol, con su gran calor, le fatigaba mucho, porque ni tenía ropa con que defenderse ni había sombra a que ponerse; cuando se veía muy fatigado se entraba en el agua para cubrirse con ella. Con este trabajo y cuidado vivió tres años, y en este tiempo vio pasar algunos navíos, mas aunque él hacía su ahumada, que en la mar es señal de gente perdida, no echaban de ver en ella, o por el temor de los bajíos no osaban llegar donde él estaba y se pasaban de largo, de lo cual Pedro Serrano quedaba tan desconsolado que tomara por partido el morirse y acabar ya. Con las inclemencias del cielo le creció el vello de todo el cuerpo tan excesivamente que parecía pellejo de animal, y no cualquiera, sino el de un jabalí; el cabello y la barba le pasaba de la cinta.

Al cabo de los tres años, una tarde, sin pensarlo, vio Pedro Serrano un hombre en su isla, que la noche antes se había perdido en los bajíos de ella y se había sustentado en una tabla del navío y, como luego que amaneció viese el humo del fuego de Pedro Serrano, sospechando lo que fue, se había ido a él, ayudado de la tabla y de su buen nadar. Cuando se vieron ambos, no se puede certificar cuál quedó más asombrado de cuál. Serrano imaginó que era el demonio que venía en figura de hombre para tentarle en alguna desesperación. El huésped entendió que Serrano era el demonio en su propia figura, según lo vio cubierto de cabellos, barbas y pelaje. Cada uno huyó del otro, y Pedro Serrano fue diciendo: "¡Jesús, Jesús, líbrame, Señor, del demonio!" Oyendo esto se aseguró el otro, y volviendo a él, le dijo: "No huyáis hermano de mí, que soy

cristiano como vos", y para que se certificase, porque todavía huía, dijo a voces el Credo, lo cual oído por Pedro Serrano, volvió a él, y se abrazaron con grandísima ternura y muchas lágrimas y gemidos, viéndose ambos en una misma desventura, sin esperanza de salir de ella.
Cada uno de ellos brevemente contó al otro su vida pasada. Pedro Serrano, sospechando la necesidad del huésped, le dio de comer y de beber de lo que tenía, con que quedó algún tanto consolado, y hablaron de nuevo en su desventura. Acomodaron su vida como mejor supieron, repartiendo las horas del día y de la noche en sus menesteres de buscar mariscos para comer y ovas y leña y huesos de pescado y cualquiera otra cosa que la mar echase para sustentar el fuego, y sobre todo la perpetua vigilia que sobre él habían de tener, velando por horas, por que no se les apagase. Así vivieron algunos días, mas no pasaron muchos que no riñeron, y de manera que apartaron rancho, que no faltó sino llegar a las manos (por que se vea cuán grande es la miseria de nuestras pasiones). La causa de la pendencia fue decir el uno al otro que no cuidaba como convenía de lo que era menester; y este enojo y las palabras que con él se dijeron los descompusieron y apartaron. Mas ellos mismos, cayendo en su disparate, se pidieron perdón y se hicieron amigos y volvieron a su compañía, y en ella vivieron otros cuatro años. En este tiempo vieron pasar algunos navíos y hacían sus ahumadas, mas no les aprovechaba, de que ellos quedaban tan desconsolados que no les faltaba sino morir.
Al cabo de este largo tiempo, acertó a pasar un navío tan cerca de ellos que vio la ahumada y les echó el batel para recogerlos. Pedro Serrano y su compañero, que se había puesto de su mismo pelaje, viendo el batel cerca, por que los marineros que iban por ellos no entendiesen que eran demonios y huyesen de ellos, dieron en decir el Credo y llamar el nombre de Nuestro Redentor a voces, y valióles el aviso, que de otra manera sin duda huyeran los marineros, porque no tenían figura de hombres humanos. Así los llevaron al navío, donde admiraron a cuantos los vieron y oyeron sus trabajos pasados. El compañero murió en la mar viniendo a España. Pedro Serrano llegó acá y pasó a Alemania, donde el Emperador estaba entonces: llevó su pelaje como lo traía, para que fuese prueba de su naufragio y de lo que en él había pasado. Por todos los pueblos que pasaba a la ida (si quisiera mostrarse) ganara muchos dineros.
Algunos señores y caballeros principales, que gustaron de ver su figura, le dieron ayudas de costa para el camino, y la Majestad Imperial, habiéndolo visto y oído, le hizo merced de cuatro mil pesos de renta, que son cuatro mil y ochocientos ducados en el Perú. Yendo a gozarlos, murió en Panamá, que no llegó a verlos.
Todo este cuento, como se ha dicho, contaba un caballero que se decía Garci Sánchez de Figueroa, a quien yo se lo oí, que conoció a Pedro Serrano y certificaba que se lo había oído a él mismo, y que después de haber visto al Emperador se había quitado el cabello y la barba y dejádola poco más corta que hasta la cinta, y para dormir de noche se la entrenzaba, porque, no entrenzándola, se tendía por toda la cama y le estorbaba el sueño.

Historia General - Capítulos XVII-XVIII

Cuento de Aguirre

Salió de Los Reyes, según el Palentino, por mayo de quinientos y cincuenta y dos, donde lo dejaremos por decir un caso particular que en aquel mismo tiempo sucedió en el Cozco, siendo Corregidor Alonso de Alvarado, Mariscal, que por ser tan vigilante y riguroso se tuvo el hecho por más belicoso y atrevido; y fué que cuatro años antes,

saliendo de Potocsi una gran banda de más de doscientos soldados para el Reino de Tucma, que los españoles llaman Tucumán, habiendo salido de la villa los más de ellos con indios cargados, aunque las provisiones de los Oidores las prohibían, un alcalde mayor de la justicia que gobernaba aquella villa, que se decía el Licenciado Esquivel, que yo conocí, salía a ver los soldados cómo iban con sus cuadrillas, y habiéndoles dejado pasar todos con indios cargados, echó mano y prendió el último de ellos que se decía fulano de Aguirre, porque llevaba dos indios cargados, y pocos días después lo sentenció a doscientos azotes, porque no tenía oro ni plata para pagar la pena de la provisión a los que cargaban indios.

El soldado Aguirre, habiéndosele notificado la sentencia, buscó padrinos para que no se ejecutase, más no aprovechó nada con el alcalde. Viendo esto Aguirre le envió a suplicar que en lugar de los azotes lo ahorcase, que aunque él era hijodalgo, no quería gozar de su privilegio; que le hacía saber que era hermano de un hombre que en su tierra era señor de vasallos.

Con el Licenciado no aprovechó nada, con ser un hombre manso y apacible y de buena condición fuera del oficio; pero por muchos acaece que los cargos y dignidades les truecan la natural condición, como le acaeció a este letrado, que en lugar de aplacarse, mandó que fuese luego el verdugo con una bestia, y los ministros para ejecutar la sentencia. Los cuales fueron a la cárcel y subieron a Aguirre en la bestia. Los hombres principales y honrados de la villa viendo la sinrazón, acudieron todos al juez, y le suplicaron que no pasase adelante aquella sentencia, porque era muy rigurosa. El alcalde más por fuerza que de grado les concedió que se suspendiese por ocho días. Cuando llegaron con este mandato a la cárcel, hallaron que ya Aguirre estaba desnudo y puesto en la cabalgadura. El cual oyendo que no se le hacía más merced que detener la ejecución por ocho días, dijo: "Yo andaba por no subir en esa bestia, ni verme desnudo como estoy, más ya que habemos llegado a esto, ejecútese la sentencia, que yo lo consiento, y ahorraremos la pesadumbre y el cuidado que estos ocho días había de tener, buscando rogadores y padrinos que me aprovechen tanto como los pasados."

Diciendo esto, él mismo aguijó la cabalgadura, corrió su carrera con mucha lástima de indios y españoles de ver una crueldad y afrenta ejecutada tan sin causa en un hijodalgo, pero él se vengó como tal conforme a la ley del mundo.

Capítulo XVIII

La venganza que Aguirre hizo de su afrenta, y las diligencias del Corregidor por haberle a las manos, y cómo Aguirre se escapó.

Aguirre no fue a su conquista, aunque los de la villa de Potocsí le ayudaban con todo lo que hubiese menester; más él se escusó diciendo que lo que le había menester para su consuelo era buscar la muerte, y darle prisa para que llegase aína, y con esto se quedó en el Perú, y cumplido el término del oficio del Licenciado Esquivel, dio en andarse tras él como hombre desesperado, para matarle como quiera que pudiese, para vengar su afrenta. El Licenciado, certificado por sus amigos de esta determinación, dio en ausentarse y apartarse del ofendido; y no como quiera, sino trescientas y cuatrocientas leguas en medio, pareciéndole que viéndole ausente y tan lejos le olvidaría Aguirre; mas él cobraba tanto más ánimo cuanto más el Licenciado le huía, y le seguía por el rastro dondequiera que iba. La primera jornada del Licenciado fue hasta la Ciudad de los Reyes, que hay trescientas y veinte leguas de camino; mas adentro de quince días estaba Aguirre con él; de allí dio el Licenciado otro vuelo hasta la ciudad de Quito, que hay cuatrocientas leguas de camino; pero a poco más de veinte días estaba Aguirre en ella,

lo cual sabido por el Licenciado, volvió y dio otro salto hasta el Cozco, que son quinientas leguas de camino; pero a pocos días después vino Aguirre, que caminaba a pie y descalzo, y decía que un azotado no había de andar a caballo ni parecer donde gente lo viesen. De esta manera anduvo Aguirre tras su Licenciado tres años y cuatro meses. El cual, viéndose cansado de andar tan largos caminos y que no le aprovechaban, determinó hacer asiento en el Cozco, por parecerle que habiendo en aquella ciudad un juez tan riguroso y justiciero no se le atrevería Aguirre a hacer cosa alguna contra él. Y así tomó para su morada una casa calle en medio de la iglesia Mayor, donde vivió con mucho recato; traía de ordinario una cota vestida debajo del sayo, y su espada y daga ceñida, aunque era contra su profesión. En aquel tiempo un sobrino de mi padre, hijo de Gómez de Tordoya, y de su mismo nombre, habló al Licenciado Esquivel, porque era de la patria, extremeño y amigo, y le dijo: "Muy notorio es a todo el Perú cuán canino y diligente anda Aguirre por matar a vuesa merced; yo quiero venirme a su posada siquiera a dormir de noche en ella, que sabiendo Aguirre que estoy con vuesa merced no se atreverá a entrar en su casa." El Licenciado lo agradeció, y dijo que él andaba recatado y su persona segura, que no se quitaba una cota ni sus armas ofensivas, que esto bastaba; que lo demás era escandalizar la ciudad, y mostrar mucho temor a un hombrecillo como Aguirre; dijo esto porque era pequeño de cuerpo y de ruin talla, mas el deseo de la venganza le hizo tal de persona y ánimo, que pudiera igualarse con Diego García de Paredes y Juan de Urbina, los famosos de aquel tiempo, pues se atrevió a entrar un lunes a mediodía en casa del Licenciado, y habiendo andado por ella muchos pasos, y pasado por un corredor bajo y alto, y por una sala alta, y una cuadra, cámara y recámara, donde tenía sus libros, le halló durmiendo sobre uno de ellos y le dio una puñalada en la sien derecha, de que lo mató, y después le dio otras dos o tres por el cuerpo, mas no le hirió por la cota que tenía vestida, pero los golpes se mostraron por la roturas del sayo. Aguirre volvió a desandar lo andado, y cuando se vio a la puerta de la calle halló que se le había caído el sombrero, y tuvo ánimo de volver por él, y lo cobró y salió a la calle; mas ya cuando llegó a este paso iba todo cortado, sin tiento ni juicio; pues no entró en la iglesia a guarecerse en ella teniendo la calle en medio.

Fuese hacia San Francisco, que entonces estaba el convento al oriente de la iglesia; y habiendo andado buen trecho de la calle, tampoco acertó a ir al monasterio. Tomó a mano izquierda por una calle que iba a parar donde fundaron el convento de Santa Clara. En aquella plazuela halló dos caballeros mozos, cuñados de Rodrigo de Pineda, y llegándose a ellos, les dijo: "Escóndanme, escóndanme", sin saber decir otra palabra; que tan tonto y perdido iba como esto. Los caballeros, que le conocían y sabían su pretensión, le dijeron: "¿Habéis muerto al Licenciado Esquivel?". Aguirre dijo "Sí, señor; escóndanme, escóndanme." Entonces le metieron los caballeros en la casa del cuñado, donde a lo último de ella había tres corrales grandes, y en el uno de ellos había una zahurda donde encerraban los cebones a sus tiempos.

Allí lo metieron y le mandaron que en ninguna manera saliese de aquel lugar, ni asomase la cabeza, porque no acertase a verle algún indio que entrase en el corral, aunque el corral era escusado: que no habiendo ganado dentro, no tenían a qué entrar en él. Dijéronle que ellos le proveerían de comer sin que nadie lo supiese; y así lo hicieron, que comiendo y cenando a la mesa del cuñado, cada uno de ellos disimuladamente metía en las faltriqueras todo el pan y carne, y cualquiera otra cosa que buenamente podían; y después de comer, fingiendo cada uno de por sí que iba a la provisión natural, se ponía a la puerta de la zahurda, y proveía al pobre Aguirre; y así lo tuvieron cuarenta días naturales.

El Corregidor, luego que supo la muerte del Licenciado Esquivel, mandó repicar las campanas y poner indios cañaris por guardas a las puertas de los conventos, y centinelas

alrededor de toda la ciudad, y mandó a pregonar que nadie saliese de la ciudad sin licencia suya. Entró en los conventos, católos todos, que no le faltó sino derribarlos. Así estuvo la ciudad en esta vela y cuidado más de treinta días, sin que hubiese nueva alguna de Aguirre, como si se le hubiera tragado la tierra.

Al cabo de este tiempo aflojaron las diligencias, quitaron las centinelas, pero no las guardas de los caminos reales que todavía se guardaban con rigor. Pasados cuarenta días del hecho les pareció a aquellos caballeros (que el uno de ellos se decía fulano Santillán y el otro fulano Cataño, caballeros muy nobles, que los conocí bien, y el uno de ellos hallé en Sevilla cuando vine a España) que sería bien poner en más cobro a Aguirre, y librarse ellos del peligro que corrían de tenerle en su poder; porque el juez era riguroso, y temían no les sucediese alguna desgracia. Acordaron sacarle fuera de la ciudad en público y no a escondidas, y que saliese en hábito negro, para lo cual le raparon el cabello y la barba, y le lavaron la cabeza, el rostro, y el pescuezo, y las mano, y brazos hasta los codos con agua; en la cual habían echado una fruta silvestre, que ni es de comer ni de otro provecho alguno: los indios le llaman *vitoc*; es de color, forma y tamaño de una berenjena de las grandes; la cual, partida en pedazos, y echada en agua, y dejándola estar así tres o cuatro días, y lavándose después con ella el rostro y las manos, y dejándola enjugar al aire, a tres o cuatro veces que se laven pone la tez más negra que de un etíope, y aunque después se laven con otra agua limpia, no se pierde ni quita el color negro hasta que han pasado diez días; y entonces se quita con el hollejo de la misma tez, dejando otro como el que antes estaba. Así pusieron al buen Aguirre, y lo vistieron como a negro del campo con vestidos bajos y viles; y un día de aquéllos, a mediodía, salieron con él por las calles y plaza hasta el cerro que llaman Carmenca, por donde va el camino para ir a Los Reyes, y hay muy buen trecho de calle y plaza, desde la casa de Rodrigo de Pineda hasta el cerro Carmenca. El negro Aguirre iba a pie delante de sus amos; llevaba un arcabuz al hombro, y uno de sus amos llevaba otro en el arzón, y el otro llevaba en la mano un halconcillo de los de aquella tierra, fingiendo que iban a caza.

Así llegaron a lo último del pueblo donde estaban las guardas. Las cuales les preguntaron si llevaban licencia del Corregidor para salir de la ciudad. El que llevaba el halcón, como enfadado de su propio descuido, dijo al hermano: "Vuesa merced me espera aquí o se vaya poco a poco, que yo vuelvo por la licencia y le alcanzaré muy aína"; diciendo esto, volvió a la ciudad y no curó de la licencia. El hermano se fue con su negro a toda buena diligencia hasta salir de la jurisdicción del Cozco, que por aquella parte son más de cuarenta leguas de camino; y habiéndole comprado un rocín y dándole una poca de plata, le dijo: "Hermano, ya estáis en tierra libre que podéis iros donde bien os estuviere, que yo no puedo hacer más por vos." Diciendo esto se volvió al Cozco, y Aguirre llegó a Huamanca, donde tenía un deudo muy cercano, hombre noble y rico de los principales vecinos de aquella ciudad. El cual lo recibió como a propio hijo, y le dijo e hizo mil regalos y caricias; y después de muchos días lo envió bien proveído de lo necesario. No ponemos aquí su nombre por haber recibido en su casa y hecho mucho bien a un delincuente contra la justicia real. Así escapó Aguirre, que fue una cosa de las maravillosas que en aquel tiempo acaecieron en el Perú, así por el rigor del Juez y las muchas diligencias que hizo, como porque las tonterías que Aguirre hizo el día de su hecho parece que le fueron antes favorables que dañosas; porque si entrara en algún convento, en ninguna manera escapara, según las diligencias que en todos ellos se hicieron, aunque entonces no había más de tres, que era el de Nuestra Señora de la Mercedes, y del seráfico San Francisco, y del divino Santo Domingo. El Corregidor quedó como corrido y afrentado de que no le hubiesen aprovechado sus muchas diligencias para

castigar a Aguirre como lo deseaba. Los soldados bravos y facinerosos decían que si hubiera muchos Aguirre por el mundo, tan deseosos de vengar sus afrentas, que los pesquisidores no fueran tan libres e insolentes.